

la incapacidad del primero para ponerse a la altura de las circunstancias en el caso de España y con la desfachatez del segundo en el caso de Checoslovaquia. Sólo los intelectuales ingenuos y sin experiencia de lucha pudieron entusiasmarse con el puño levantado de M. Daladier sobre las muchedumbres. Un hombre de la calidad de Mariátegui no habría dejado seguramente de prever sobre quién lo descargaría al fin.

En cuanto a los burócratas irresponsables de la Tercera Internacional, el director de "Amauta" había tenido ocasión de afrontarlos indirectamente en el Primer Congreso Sudamericano de Montevideo, con unas tesis agrarias que le fueron rechazadas por "trotskystas"...

Pero ¿a qué las conjeturas acerca de lo que Mariátegui hubiera podido ser, si nos basta con lo que ha sido de modo tan excepcional? Un hombre completo, un guía realmente luminoso, un escritor de veras admirable.

Cuando se publiquen sus obras póstumas, podremos hablar detalladamente de sus ideas sociales, políticas, estéticas y filosóficas; de sus relaciones con Piero Gobetti, Sorel y Croce. Entretanto, es preciso limitarnos a este homenaje personal.

* * *

Un recuerdo más íntimo todavía, y un antiguo propósito. Promediaba el año 1935. De vuelta a Valparaíso desde España por Nueva York, donde actuaba aún el John Reed Club, bajamos de paso en El Callao, vale decir el puerto de Lima. Naturalmente, fuimos a visitar la tumba de Mariátegui: un humilde nicho, demasiado bajo para ser de águila, en el cementerio general. A un lado, un torero; al otro, un fraile. Todo un símbolo el sepulcro rojo entre tantos blanqueados que vimos por las calles...

Sin consultar ningún libro, el sepulturero nos había indicado el cuadro correspondiente, tan pronto como le dijéramos el nombre del director de "Amauta". Estaba sin duda vivo en su memoria. Así —pensamos aquel día— debería estar también presente la obra precursora de Mariátegui en el trabajo de todos los intelectuales americanos. Y una vez